

XXVII acto de Exaltación a Ntra. Sra. de la Encarnación

Vanessa Ruiz

A cargo de nuestro hermano

Jesús Manuel Rocha Ortiz

Interpretaciones musicales por la

Banda Municipal de la Puebla del Río

Miércoles 17 de enero de 2018 21:00 horas Parroquia de San Benito Abad



EXALTACIÓN

A

NTRA. SRA. DE LA ENCARNACION

JESÚS M. ROCHA ORTIZ

17 de enero de 2018



A Abril, Lucía y Sonia, mis tres corazones
A Papá y Mamá que me enseñaron a amarla.
A mis hermanos, por estar ahí siempre.
A mis sobrinas, que lo sienten.
A Toti, tú sabes por qué.



*Cansados llevo los pies
por la puerta de mi casa
y el arrugado antifaz
a mi lado ya descansa,
mientras me arrullo con fe
en el calor de mi capa,
mientras pregunto a mi madre
el por qué desde la cama
sigo escuchando cantares
al amor de la Calzada.*

*Le cuestiono que por qué
tengo que estar en la cama
si resuena por doquier
el aroma de su marcha,
que aún resuena en mi ser
del barrio el chocar sus palmas.*

*Su respuesta es tan certera...
me dice con su mirada,
que los niños tan pequeños
un poco antes se escapan
para que venga su reina
a darle a su ángel alas,
y llenar así de sueños
la vida, el cuerpo y el alma.*

*Que el pequeño nazareno,
que en la mano lleva vara
y el antifaz recogido
sobre la frente y la cara,
tiene que dar caramelos
con el sol de la mañana,
que pocos somos aquellos
que pisamos la Campana
si no tenemos edad
de en la cera llevar llama.*

Mas aún sigo escuchando



*tras los muros de mi casa
las palmas de mis vecinos,
mi Reina, que no se cansa,
entra y sale de su templo
sonriendo con la mirada,
mientras chocan sus varaes
con bambalinas que cantan
el compás del Dios te Salve
de Encarnación Coronada,
mientras le llora la cera,
mientras su puñal se clava.*

*Su barrio... ¡este mi barrio!
le reza mientras le alaba,
la dibuja de piropos
y hasta el umbral le acompaña.*

*Entra y sale de su templo,
se escapa un humilde... ¡guapa!
que resuena con un eco
que se cuela hasta mi cama.
Aunque mis ojos no ven
aquello que sé que pasa
los sonidos que me llegan
a mi ser se lo delata.*

*Mi madre insiste en dormir,
pero aún queda, aún falta,
mi padre aún no ha subido
los peldaños de mi casa,
sigue apostado en la iglesia
mirando el altar de plata,
donde ya sí, en silencio
duerme mi Virgen cansada.*

*Ahora puedo dormir,
descansar hasta mañana
disfrutando de este sueño
que sigue y nunca se para.*

Un poco remoloneo,



*del sol me llegan los rayos,
despereza al sentimiento
que hay que llegar temprano...
¿temprano hoy, para qué?
todo lo bueno ha pasado,
las ampollas de mis pies...*

*¿todavía no han llegado...?
Soñado estaba el recuerdo,
vivido y tal vez pasado,
sólo que ahora amanecía
un eterno Martes Santo.*



1.- PARECE QUE FUERA AYER

Querido Director Espiritual, querido Hermano Mayor, Junta de Gobierno, Delegado del Martes Santo del Consejo General de Hermandades y Cofradías de Sevilla, mi querida Hermandad de Valvanera,

Hermanas, hermanos, barrio de la Calzada, queridos todos.

Parece que fuera ayer cuando, en esa pila bautismal D. Juan y D. Pepe Salgado derramaron sobre mi cabeza, las gotas de agua bendita que dan de beber a la fe que duerme en mi corazón y que riega las raíces de mi alma. Parece que fuera ayer cuando en este mismo altar recibiese a Jesús hecho carne por primera vez, ¿verdad Madre? Y parece que ayer fuera cuando Fray Carlos Amigo nos dijera que te iban a coronar... también aquí... Son tantas cosas en este mármol madre... mi confirmación, la exaltación a los costaleros de tu hijo presentado, el matrimonio con quien trajiste a mi vida para darme luz y familia... y ahora me llamas de nuevo, para que haga pública protestación de fe, amor y entrega al misterio de tu advocación madre mía de la Encarnación, justo cuando me has vuelto a dar un regalo enorme para que viva una eterna cuaresma en un sempiterno mes de Abril. Me has llamado, y no he faltado a tu cita.

Y al pensar en ti me dije que quien era yo, para hablar de ti, que quien era este humilde siervo tuyo, que recorre renglones torcidos de penitencia, para hablar de tu gloria, para explicarle a mis hermanos y hermanas que por qué eres el mayor regalo que este mundo nos ha venido a dar, que por qué amarte es sentir la gloria romper dentro del pecho, mientras bombea por tu cuerpo las gotas de sangre prestadas por tu hijo desde la cruz, ¿quién soy yo madre?.

Yo no soy más que cualquiera, es más, hoy me siento boca de muchos y corazón de todos, porque hoy, Madre mía, quieres que le cuente a todos, porque me lo has susurrado al oído, qué sientes cuando te miran, cómo intercedes por ellos en cada plegaria que te lanzan, cómo realizas con mis hermanos y hermanas la meditación al Señor de la Presentación desde tu paso y como terminas las estaciones del viacrucis de nuestro Cristo un último Martes de Cuaresma. Y me lo has pedido a mí, madre mía, a mí, que cada vez que lo pienso no dejo de darte gracias por hacerme



aún más afortunado de lo que ya soy en mi vida.

*Sus labios ni hablan siquiera
y lleva el legado dentro,
sus ojos llevan de herencia
el verde eterno materno.*

*Ni sabe decir su nombre,
el tuyo, ni balbucea,
más sabe que cada noche
su cuna de amor le llenas.*

*Tu amor la trajo a nosotros,
la fe le puso su nombre,
tu presente más hermoso
quien nace de mujer y hombre.*

*La reina de mi vivir
hizo eterna primavera,
al darle por nombre Abril
a la más hermosa espera.*

Siempre me has suspirado al oído, siempre me has hecho un guiño en la vida para caminar y ahora recuerdo tantos y tantos momentos contigo.... ¿Recuerdas Madre cuando te hice mi primera exaltación? Cuando aquel joven de no más de 18 años, un sábado por la mañana antes de venir a impartir catequesis de confirmación de la mano de Pepe Marín, rompió el silencio eclesial para entonarte salves.

Recuerdo que estabas a los pies del altar, aún no sé muy bien por qué, pero ahí estábamos a solas, tú y yo. Encendí unas pocas luces del altar y me senté con las piernas entrelazadas a tus pies, con un taco de folios escritos a mano, con ripios indignos de tu grandeza, como estos. Ahí me senté, justo debajo de ti, mirando esos ojos verdes que pocos tienen la suerte de mirar de cerca al menos una vez en su vida. Templé el alma en ese instante, miré al sagrario y el Señor de la presentación me dio la venia, el Cristo de la Sangre mantuvo su sueño un instante, así que cogí aire y comencé a cantarte piropos sobre este mismo mármol.

Entre lágrimas fui desgranando un joven corazón que se te entregaba



en un acto íntimo de fe, porque sólo tú eres capaz de entendernos, porque eres Madre, consejera y a la vez lo eres todo para nosotros. Sólo una madre entiende de esa manera a un hijo. Cada vez que te miraba sentía que tú, mi reina, tomabas entre tu puñal y el tisú de tus vestiduras todas y cada una de mis palabras y que al recibirlas las comentabas entre susurros conmigo, dándome consuelo y dándome a la vez mimo. Parece que fuera ayer Reina de la Encarnación Coronada, y mírame, de nuevo aquí ante tu llamada, despojado de la soledad de la que pude disfrutar contigo, compartiendo con mis hermanos tu grandeza, haciendo hecho la palabra.

Ese día en tu mirada supe que alguna vez llegaría este instante, el instante de cantarte entre requiebros y estrofas perdidas, siempre supe que alguna vez nos veríamos ante todos mis hermanos y que no sería mi voz la que se escuchara, sino la de todos y cada uno de los que aquí se encuentran y de aquellos que no han podido asistir, pero que en su mesilla de noche guardan con celo una foto tuya, a la que cada noche dedican sus rezos, sus gracias, sus alegrías y sus tristezas.

Hoy es ese día Madre, hoy es ese día en el que me has pedido que torne el frío Enero en un Martes Santo dibujado, vestido para la ocasión, engalanado de blanco y morado, vistiendo un manto de claveles rojos en su suelo, soñando a un barrio que sigue siendo barrio aunque su fisionomía tanto haya cambiado, así lo haré, siguiendo tu mandato, como tú seguiste el mandato de Gabriel, tal y como tú aceptaste aquel **“Dios Te salve”** que te entonó tu Ángel. Parece que fuera ayer madre mía, y parece que sintiera ahora mismo el Sol abrasador del Martes Santo sobre mi nuca, mientras al son de Campanilleros avanzas valiente a mi encuentro, al de todos nosotros.

*Son las cuatro de la tarde...
¿sientes erizarse el vello?
quien no termina la frase
no entiende que es lo que siento.*

*Son las cuatro de la tarde...
nace un ritual de ensueño,
costales y capas blancas
salen del cielo al encuentro.*

*Quien no respira esta frase...
no sabe llevar adentro*



*ese puñal clavado
que en la Calzada es veneno.*

*¿Quién no quiere, Madre mía,
eternas cuatro en el tiempo?,
con la cruz de guía al fondo
cortando el azul del cielo,
¿quién no quiere que sean ya
las horas del sentimiento?,
donde te tornas pintura
se vuelve Sevilla el lienzo.*

*Porque sentir este barrio
es querer hacerte verso,
es querer verte marchar
bajo el palio de tu techo,
es querer hacer un puente
ya por los años desecho
que levanta piedra a piedra
tu cuerpo de nazarenos,
querer que las cuatro sean
es dar salud al enfermo,
juventud al que te espera
en tu puerta siendo viejo.*

*Que sean las cuatro Madre,
que vuelen capas al viento,
los antifaces morados
los ríos de costaleros,
que suenen ya los compases,
que se rompa ya el silencio,
que tambores y cornetas
marquen el paso lento,
que sea madre Martes Santo,
y ver tu cara al sol cierto,
que tu mirada bendiga
la estirpe del barrio entero,
que sepa toda Sevilla,
que sin Madre no hay consuelo,
que sepan que en la "Calzá"
descansa un trozo del cielo.*



*Son las cuatro de la tarde...
las son en este momento...
tarde de sol, Primavera...
lo siento bajo mi pecho...
despierta, “Calzá”, despierta,
aparca un rato este invierno
que ahora mismo es primavera
de los muros para dentro,
¡¡Virgen de la Encarnación,
aquí está tu barrio entero,
para lanzarte piropos
y así ser tus costaleros!!*



2.- DEL JARDÍN, LA MEJOR ROSA

Y dibujando un barrio seguí contigo, mientras me dictabas la vida verso a verso, mientras me llevabas caminando por el sendero que me habías diseñado, pero sabes Madre que siempre fui un curioso, nunca he podido evitarlo, y nunca me gustó no saber quién es tu padre, ni que gubia vino Dios a alumbrar para ponerle rostro a su madre. Tú, siempre has sonreído a mi eterna pregunta sobre tu hechura, hasta que ese día, entre versos, me lo contaste:

- Madre, Encarnación de la hermosura, ¿Por qué nunca dejaste saber quién es tu padre en la tierra? ¿Por qué nunca dejaste saber quién hizo carne la madera?

La Virgen de la Encarnación se sonrió, mientras se bajaba de su altar y tomaba asiento en la cátedra donde tantos sacerdotes la han ensalzado, tomando mi cabeza en su regazo mientras me acariciaba.

- ¿Y con qué razón o interés quieres conocer eso hijo mío?

Preguntó Ella mientras hundías sus hermosos dedos entre mi pelo.

- Pues... porque no es justo que nadie sepa, que la rosa más hermosa del jardín no tiene origen en su semilla.

La Virgen de la Encarnación se sonrió, mientras se sacudía un poco con el dorso de su mano sus ropajes azul y rojo de hebrea. Las estrellas de su diadema resplandecían con fuerza, entornando una luz azul casi blanca.

- Sabes qué, muchos han sido quienes me han hecho esta pregunta a lo largo de mis más de cuatrocientos años de vida, a todos les he preguntado lo mismo, que por qué este interés. Yo, he nacido de la familia, el amor me ha forjado y me ha elegido entre otras muchas. He nacido entre tablones abandonados y barro hueco, me ha llenado los pulmones la brisa del río Guadalquivir, me ha dado luz el Sol al despuntar por los caños de Carmona, me ha dado calor en invierno un barrio entero que me llevaba en volandas una gélida mañana del 10 de Diciembre, para hacerme reina, a mí, a esta humilde sierva del



Señor, que lo único que hizo fue cumplir su voluntad. A mí, que tan sólo respondí sí a aquel hermoso ángel anunciador y que tuve el orgullo de ser el primer sagrario del mundo...

- Madre –respondí– cómo no te iba a escoger a ti. La calidez de tu corazón ha calmado el dolor del enfermo, ha calmado la pena del afligido. La bondad de tu mirada ha dado de comer al hambriento y de beber al sediento. Tus manos han recibido tantos besos como gracias, bendiciones y promesas llevaban clavados en sus labios. ¡Cómo no ibas a ser tú madre mía quien encarnase en su vientre a aquel que debía ser Presentado y Crucificado en esta Calzada penitente! ¡Cómo no ibas a ser tú, verso divino, quien fuera bajo palio llevando tras su manto la advocación de un barrio, qué digo de un barrio de Sevilla entera! ¡Cómo no ibas a ser tú donde se posará esa paloma que llenará de gracia al vientre de la madre de las madres, si con sólo perderse en tu mirada se para el tiempo!
- Calla, hijo mío, calla, que tantos halagos no merezco.

La Virgen de la Encarnación bajó aún más su mirada perdiendo sus ojos verdes en el frío mármol que había a sus pies.

- No merezco tantas bendiciones, ni tantas gracias. Yo soy vuestra Madre y para eso estoy en este mundo, para cuidaros a todos. Yo no fui tallada en la madera, por eso no tengo nombre ni apellido, a mí me habéis tallado desde que era un sueño. De un tronco de amor tallasteis, estos ojos que sollozan con vuestras penas y que lloran con vuestras alegrías, con vuestras gubias de plegarias supisteis trenzar los dedos que os acarician cada noche al acostarse y la mano que encuentra quien al cielo conmigo se marcha. ¿Quieres saber quién me forjó, Jesús? Tú, tu mujer, tus hijas, tus padres, tus hermanos, toda tu familia, todos los feligreses del barrio de la Calzada, Sevilla y el mundo entero, sois vosotros con vuestra fe quienes habéis dado forma al verbo en mi interior, yo soy vuestra Madre porque ustedes lo habéis querido. Y aquí me tienes, todos los días, año tras año, con una inmensa alegría en el pecho de que me queráis llamar Madre, porque no sabes lo que es para quienes portamos este nombre, el escuchar de los labios de cada uno de vosotros esa bendita palabra que Dios puso en los labios de los



hombres como el sinónimo del amor y de la entrega.

- Yo no tengo hechura hijo, a mí me soñasteis y Dios me hizo Carne.

*Sin fecha, día, ni hora,
así forja el corazón
quien a sus pies atesora
del barrio la devoción.*

*Amada por la paloma
que su nombre le prestó,
y de espíritu divino
el alma entera talló.*

*Así pues, nombre no tiene
quien un día le rezó
en el taller solitario
donde la Virgen le habló.*

*La gubia tiene marcada
por un tiempo que marchó,
buscando un barrio de ensueño
que como Madre acunó.*

*Hasta aquí vino buscando
el nombre que le robó
los años viejos pasados
que le enseñaron dolor.*

*Ahora sabemos todos
que este barrió la nombró,
la sacó de entre los sueños
y de versos la vistió,
le puso un puente de plata
que hasta el cielo la llevó
sobre un río de railes
que hasta el tiempo le quitó,*

*hasta le hizo una corona
que un arzobispo le dio*



*una mañana de invierno
en la que el cielo lloró.*

*Mi reina tiene su barrio,
que es quien la enamoró,
mi reina tiene ese nombre
que me nubla la razón
cuando escucho que le rezan
como Madre Encarnación.*



3.- *HIJOS DE UNA MISMA MADRE*

No cabía en mí de la inmensa alegría, que nosotros, este barrio, éramos los artífices de tan magno milagro. Sostuve el aliento por un rato en su regazo, mientras nuestra Santísima Virgen me sonreía. Seguí con mis ojos la línea que su fajín de hebrea me marcaba de guía, llegué hasta su vientre, donde una vez estuvo nuestro Mesías y seguí mirando hasta chocar con ese mar verde, con ese iris detallado de amor, con esos párpados caídos, con esa sonrisa apagada que sólo mi Virgen de la Encarnación tiene. La luz que emitían las estrellas que cubrían su cabeza casi me cegaban, pero eran tan hermosas....

- Y Madre... ¿cómo es para ti el Martes Santo...?

Me sorprendí por la osadía de lanzar esa pregunta que de repente sobrevino en mi cabeza. Nuestra Señora se sonrió.

- Qué curioso eres, mi niño – me dijo, mientras me acariciaba la mejilla cuidadosamente.

Mi Martes Santo comienza.... desde tu puerta. Cuando en casa toda la familia os sentáis nerviosa ante la mesa y miráis de reojo las túnicas colgadas y esos antifaces perfectamente planchados, entonces comienzo a sentir al amor desbordarse por los afluentes de Luis Montoto. Siento como de cada casa de Jiménez Aranda, de Eduardo Rivas, de Campo de los Mártires, de Nervión, de Sevilla Este, de San Pablo y de un sinfín de hogares repartidos por Sevilla entera, comienza a brotar el amor a la familia. Siento como por sus puertas comienza a desbordar la alegría de saberse todos juntos, de tener a su vera, incluso, a quienes ya están a la mía, disfrutando de la vida eterna, siento como ese amor riega los portales y las calles hasta perderse calle Oriente abajo para llegar a los pies de mi paso y veo como se transforma en angelitos y querubines que comienzan a encaramarse en nuestros pasos, que se van clavando en el canasto del misterio, justo debajo de Pilatos, y que se suben al paso donde duerme ni niño en la Cruz para portar su custodia, siendo su cuerpo carne. Entonces, casi sin darme cuenta... comenzáis a llegar, vais llenando estas solitarias naves de besos, de abrazos, de buenas intenciones... y todo pasa ante mis ojos. Veo generación tras generación hacerse fotos delante de mi paso, veo a nietos y nietas que sus abuelos orgullosos sostienen, veo a madres que posan con sus hijos y padres, veo el recuerdo hecho vida ante mis ojos y no puedo dejar de llorar de la emoción que el pecho me llena de teneros a



todos bajo mis plantas. Teñís de blanco y morado cada rincón de esta que es vuestra casa.

Comienzan a sonar fuera tambores, cornetas y trompetas, sé que fuera me espera el Sol para saludarme como casi cada año, sé que fuera me espera aquel que no puede ya venir conmigo y ando deseosa de ir a su encuentro, de acunarlo en mi regazo y cantarle una nana o contarle un hermoso cuento.

El Sol me hace entornar los ojos, se han abierto las puertas y ya no tengo aquella casa justo enfrente que tanta sombra me daba, se inundan las naves de la capilla de luz, de aplausos, de alegría... Es Martes Santo, cariño, se han abierto las puertas y comienza a pasar justo delante del dintel nazareno tras nazareno que se gira, para mirarme. Y a todos y cada uno de los que pasan le lanzo la mayor de mis bendiciones, para ellos y sus familias, mientras rápido el tiempo pasa y Pilatos ya me mira entre los arcos que dan paso al Almacén. Me mira de reojo y hace su anual ritual, me pide perdón por lo que dice hacerle a Jesús en la tarde de hoy. No hay nada que perdonarle, esta es la voluntad del Redentor y tanto él como yo estamos aquí para cumplirla. –Nuestra Señora hace una pausa en su relato, se gira hacia el Sagrario, mirando al Señor de la Presentación y prosigue– Entonces Pilatos se siente perdonado y reanuda el paso, poco a poco, para dejarme verlo a él, con la mirada hundida en los pies... maniatado... semidesnudo... pensativo... casi triste... Y entonces siento el puñal clavarse aún más en mi pecho. De súbito el paso de misterio está delante de mí, el trono de Pilatos no me deja verlo bien a Él, pero entre las columnas vislumbro su silueta, su espalda azotada... y le lanzo un beso, le rezo y le pido que cuide de todos los que debajo lleva, de los que le esperan fuera y que deje a Barrabás vivir un año más una hermosa tarde de Martes Santo. Y se marcha entre el himno de su banda, pero lo veo al revirar y ya sonrío, porque no hay dolor que este barrio, con su amor, no calme. Sin reponerme aún del dolor lo tengo ya a mi vera dormido en la cruz. – Nuestra Señora de la Encarnación vuelve a interrumpir su relato, gira su cabeza hacia la capilla del Cristo de la Sangre – Se que no está muerto, pero no puedo evitar sufrir de ver lo doloroso de su descanso, de sentir cada llaga como si mi cuerpo la tuviera marcada. Pero hijo mío, vuestro amor todo lo calma como ya te he dicho, hasta puedo ver como Jesús, en la cruz, hincha el pecho al respirar, mientras duerme consolado por el lento caminar que sus costaleros le aportan con sumo mimo y cuidado. Escucho el rachear de las alpargatas sobre el metal de la rampa, mientras se marcha semienterrado en su monte de claveles.



*Ahora se tiñe mis plantas
de hermosos costales blancos,
de desearse mucha suerte,
de fraternales abrazos.*

*Se llena pronto la iglesia
de los pies que quiero tanto,
de mis niños costaleros,
que siento bajo mi manto.*

*Se meten tras los faldones,
se fajan para el trabajo,
ya tocan trabajadera
mientras me siguen rezando.*

*Me llevan poquito a poco,
me llevan pasito a paso,
me dejan bajo la rampa
esperando voz y mando.*

*Costeros mandan a tierra,
mi gente me está esperando,
le queda nada a la espera
para volver a mi barrio.
la luz se clava en mi cara
escucho palmas y cantos
mis mayores se sonríen
al verme bajo mi palio.*

*Mi Virgen ya está en la calle,
mi barrio tiene fortuna
por poder llamarte Madre
a ti que eres dulzura,
que sufres todos los días
la cruel y dura tortura
de escuchar nuestros problemas
con tesón y sin medida.*

*No sufras más Madre nuestra,
que le podremos cordura
a este mundo que se pierde*



*en problemas sin censura,
porque queremos mimarte
y así estar a tu altura,
entregando tanto amor
como cabe en tu figura,
te cuidaremos mil años,
dando luz a tu hermosura
porque Madre como tú...
tan sólo tenemos una.*



4.-SOÑANDO Y VIVIENDO NUESTRO ENCUENTRO

Y que podía decirle yo a ella después de ver como sentía el Martes Santo, después de ver cómo se perdía en sus pupilas la calle Oriente, de ver cómo se perdía en sus pupilas la Catedral, de ver cómo se perdía entre sus lágrimas los reflejos de quienes tanto tiempo la estaban esperando, que podía decirle yo a ella, yo, que soñaba solo con verla... qué iba a decirle si me había abierto de esa manera el corazón de su día a día y me había descubierto que tiene un amor tan grande que no deja ver dentro de ella el dolor que la acompaña.

La miré casi de reojo, sin atreverme siquiera a mirarla de frente por saber que el amor se le desbordaba por las mejillas. La miré y le dije:

- Madre quiero contarte un sueño, el sueño que desde niño me ha inculcado mis padres, mi gente y mi barrio, Madre mía quiero contarte un sueño y no sé si quiera como empezarlo.

La Virgen acercó mi cabeza a su regazo y me dijo en un susurro...

- ¿Quieres que te ayude a comenzarlo?

Y cerré los ojos, mientras asentía con mi cabeza y me fui durmiendo a los sonos de su sueño...

- Era una tarde calurosa –comenzó la Virgen con voz dulce y suave– la calle Santiago desperezaba tras guardar silencio ante el paso de mi hijo, a lo lejos, el chocar de varales y bambalinas te hacían mecerte nervioso sobre los pies. En esa doble curva que forma el muro de los navarros con Santiago, aun no se vislumbra el paso de palio, pero ya sientes esos nervios del que se sabe novato. Miras tus alpargatas de esparto, blancas, revisas tu faja y nervioso entrelazas los dedos mientras escucho tu oración entre tantas que me esperan. Te siento nervioso por el encuentro y no entiendo por qué... han sido ya tantas las veces que nos hemos visto... pero sé que hoy es distinto. Por primera vez vamos a ir los dos juntos en Estación de Penitencia... y que orgullo sientes, porque justo vas debajo de mi peana, has soñado tanto con levantar tu mano y tocar mis pies mientras juntos caminamos y darme gracias por tanto... que hasta te tiemblan las piernas sabiendo que ese momento está a punto de llegar, así es.



Estaba casi dormido a sus plantas, en mi retina veía todo lo que ella me contaba y que sentía como un recuerdo futuro... sonreía con todo lo que se me estaba pasando ante la mirada.

- Los aplausos te inquietan –continuó María– miras al frente y comienzas a ver el humo de los incensarios que anuncian mi llegada, pero, aunque no lo pienses yo estoy más nerviosa que tú. Mi niño, ese que he visto crecer, ya va a estar a mi vera. Nada más pasar la primera esquina te veo esperándome en la boca de la calle Santiago, todo vestido de blanco, con el costal que las manos de tu madre en la tierra te ha tejido, ahí estás levantando poco más de metro y medio del suelo y con la mirada fija en la mía, cómo sin nunca antes me hubieras visto... Y poquito a poquito, casi sin caminar, me voy acercando a ti... miro al frente, aún no es el momento, sígueme un poco más y con disimulada soltura me paso el relevo y al pasar a tu altura te pones a caminar a mi lado, seguido de un mar de costales blancos. Siento tu mano pegada a mi respiradero, en el costero de tu otra madre Valvanera, te escucho hablarme, casi en verso, y puedo escuchar los latidos acelerados de tu corazón y los de tu primo David que va contigo, puedo sentir esas miradas cómplices que os lanzáis desde el amor más recóndito del corazón. Este es el lugar elegido, hijo mío, un poco antes de la Iglesia de Santiago. Ya ha llegado el momento. Te acercas a la trabajadera, pero antes de marcar el costal pasas tu mano bajo mi peana y te escucho darme las gracias. Siento en tu primera “levantá” como intentas acercarme al cielo para darle a un beso a quienes cada noche en tu oración le tienes un recuerdo. No puedo esperar más, y quiero darte un premio, no puedo dejar de lado como cada día del año te acuerdas de mí, cómo me pides consejo, no puedo dejar de lado lo que amas a tu barrio, no puedo dejar nada al azar en este encuentro tan perfecto y por eso te regalo esa marcha que te eriza el vello, ese sonido peculiar de cornetines que te hace sacar una lágrima en cualquier esquina viéndome en cualquier otra hermandad, suena Encarnación de la Calzada y ahí estamos Madre e hijo, caminando juntos, como tiene que ser y será, juntos camino de catedral, juntos, como caminamos cada día del año, en las alegrías, en las tristezas, en tus plegarias, en tus besos en mi mano, juntos, porque estás destinado a ser mis pies por un día.

*Es que así era mi sueño
noche tras noche en mi cama,*



*así soñaba el momento
en cada rincón de mi alma.*

*Hiciste el sueño verdad
cumpliendo fiel su llamada,
cumpliste con cada línea
lo que el guion te mandaba.*

*Me sacas de calle Oriente...
me robas de la calzada...
y el encuentro creas perfecto
donde nadie soñó nada.*

*Qué decirte madre mía...
me trajiste la esperanza,
y me entregaste un mensaje
para que yo lo portara,
para que yo transmitiera
este mensaje que clamas.*

*Que no busquen la paloma
mal llamada de Triana,
que María puso gloria
al barrio de la Calzada
que la llama con amor
Encarnación Coronada.*



5. LAS CUATRO ESQUINAS DE SU PAÑUELO

Desperté del sueño con los ojos empañados por las lágrimas de tan hermoso desvelo, desperté sabiendo que ese sueño era un futuro no muy lejano por aquel entonces que se cumpliría letra a letra, como todos los regalos que me hace.

Lloré tanto de la inmensa alegría, que María me ofreció su pañuelo para consolar estas saladas lágrimas que tal orgullo no merecía. Me secó mis lágrimas y extendió su pañuelo sobre sus rodillas, para doblarlo, y entonces pude ver algo que hasta entonces no había visto nunca, sus cuatro esquinas, nunca antes pude reparar en tal detalle, y en su ajuar... jamás vi pañuelo similar. En una esquina se bordaba de manera exquisita el puente de la calle Oriente que estaba entrelazado con un trozo del acueducto, en la esquina justo inversa, con un cuidado exquisito tenía el escudo de nuestra hermandad, en la esquina contigua una frase: “Dios me quiere para Él, me guarda para una obra desconocida, para una obra que aún no ha sido fundada”, y en la esquina que me faltaba por ver, entre sonrisas bordaba una madre, acunando a su bebé.

Me vio María absorto en sus bordados y se quedó observando, me comenzó a decir...

- Jesús, esas cuatro esquinas, son los pilares de mi consuelo, esas cuatro esquinas sois a todo lo que me debo.

Con timidez le señalé el escudo de nuestra hermandad.

- Cómo no vais a ser ustedes uno de mis pilares, ustedes que me cuidáis en el día a día. Para mí, hijo mío, sois el alfa y el omega de mi vida, hasta en el escudo portáis mi pureza como azucena, ¿Cómo no vais a ser un pilar tan importante cada uno y cada una de los hermanos y hermanas que conformáis esta grandiosa familia? Ese escudo, que lleva en su historia generaciones de amor marcadas, ese escudo que ha pasado cosido a tantas capas que si pudiera hablar... contaría mil y una historias, contaría como tantas veces ha sido cosido por las manos de una madre nerviosa de ver salir a sus hijos e hijas, contaría como de abuelo, a padre, a nieto ha ido pasando con los años. Ese escudo es mucho más que un símbolo hijo mío, vuestro escudo habla de tradición, de solera, de sentimiento y yo he sido mudo testigo de todo ello.



Sonreí de saber a nuestra Madre tan feliz de formar parte nuestra, de sentirse tan de San Benito... tan reina del barrio de la Calzada... Señalé presuroso la esquina con aquella frase que me había creado duda...

- “Dios me quiere para Él, me guarda para una obra desconocida, para una obra que aún no ha sido fundada” –Comenzó nuestra reina Coronada– Con esa frase bendigo cada rincón de nuestra casa vecina de las hermanitas de los pobres, fue su fundadora Juana quien la pronunciara, admitiendo la voluntad del señor en lugar de la de los hombres, cuando aún ni tan siquiera a su primera anciana cuidara. Bendita frase Jesús la de ella, que se dedicó en cuerpo y alma al cuidado de nuestros mayores, bendita ella que desde mi vera siempre está vigilante de quien pide consuelo desde su cama. Bendita labor la que hacen sus hermanas, bendita todas y cada una de ellas que hacen del cuidado un don divino, una labor santa Mis hermanitas de los pobres... que pilar más hermoso... Señalé la esquina que contenía ese bordado de amor eterno, en la figura de la madre que acuna...
- La familia hispalense y del mundo entero... ¿Cómo no va a ser ella otro de los pilares donde sostener el amor? Ustedes que me nombrasteis cuidadora y guía de ella. La familia... aquella que alumbro con la luz de mi amor desde el momento en que dos personas se juran amor eterno, aquella que alumbro en los momentos difíciles y les entrego mi vida en los felices, aquella que les enseño cómo amar a los hijos, aunque eso os sale sólo desde dentro de vuestro pecho. Es la familia el pilar Jesús, no mío, sino vuestro, es el apoyo en la tristeza, es la inmensidad de la alegría, es el misterio de ponerlos por delante en todo, es ver como aumenta y personas que ni tan siquiera se conocían son ahora apoyos sinceros y constantes para avanzar en la vida. No temáis nada, que bajo este manto de amor la familia se guarda y juntos afrontaremos todos esos desafíos que el caminar nos muestra, aquí en ese pañuelo, secaremos nuestras lágrimas, de alegría o de tristeza, pero siempre juntos.

Tan sólo quedaba una esquina por desgranar y de esa no tenía ningún tipo de dudas, señalé con una sonrisa de oreja a oreja nuestro puente y nuestros caños, porque de esos labios solo amor podía brotar para hablar de nuestro barrio:

*Bordado tengo ese puente
que nos quisieron quitar,*



*no saben que es imposible
de nuestra esencia borrar
los eternos adoquines,
subidas sin respirar,
bajadas poquito a poco,
y siempre andando al compás.*

*Bordado llevo a mi barrio
que me viene a acompañar
cuando salgo por Sevilla
viendo el amor desbordar.*

*Que no hay barrio más hermoso
que me pueda querer más,
que engalane sus balcones
para así verme al pasar
que no hay barrio en mi memoria,
amado en la eternidad,
qué este que me consuela
cada día al despertar.*

*Bordado tengo ese puente
que es de plata y de azahar,
que de hierro tiene el alma
y de amor el respirar.*

*Bordado está en mi pañuelo
aquellos que quiero amar,
aquellos que nunca fallan,
mi barrio de la "Calzá".*



6.- DE DESPEDIDA, SÓLO ES HASTA LUEGO.

Así, me doy cuenta, que este tiempo ha pasado, que aquellos instantes que tirando de egoísmo puro te tenía para mí, se esfumaron. Me doy cuenta que la soledad en la que te he disfrutado entre letra y letra se esfuma, como si de los candelabros de cola de tu palio al pasar una esquina se tratase. Se evapora, se torna incienso de gloria a tu nombre, Encarnación.

Ahora, aquí me tienes, he acudido a tu llamada, prediqué la palabra de tu hijo como catequista, participé de la misa como acólito de tu altar, puse música a la Sangre del mesías, ayudé a mis hermanos en la estación de penitencia como diputado, pongo mi sudor y cerviz a tu servicio cada Martes Santo y te tengo de modelo y guía cada día de mi vida. ¿Qué más puedo darte Madre? Ya me tienes aquí, desnudo ante mis hermanos, desprovisto de refugio para el amor que te profeso y que no tiene alfa ni omega que pueda enmarcarlo. Aquí me tienes, tu, que me has llamado para entregarme y eso he hecho, cumpliendo siempre tu palabra y deseo.

Sabes que no se despedirme de ti, sabes que siempre es un hasta luego porque no hay distancia que nos separe nunca más que de cuerpo. Sabes Madre, que no tengo nada para entregarte porque ya te lo he entregado todo, que no tengo presente para darte porque he volcado en ti mi vida entera, cada segundo, desde que estuve bajo tus plantas siendo un bebé. Sabes Madre que llevo clavadas las 3 azucenas dentro de mi pecho casi tan profundo, como el puñal que tus diputados te regalaron.

Madre mía, sólo me queda darte algo que es tuyo desde hace mucho tiempo. Este corazón morado y blanco que palpita sólo de escuchar tu nombre, que se desangra de saber que quedan pocos días para estar debajo tuya, que bombea Calzada, puente, calle Oriente, familia y verso cuando encuentra esos párpados semicerrados que le consuelan cuando el camino se hace angosto.

¡Quién me iba a decir a mí que iba a quererte tanto! Sólo me queda eso para darte, madre. Y bien sabes, que, aunque esta vida mortal terminara, si tú me lo pidieras, te lo entregaría, que lo pondría a los pies tuyos como si de un vulgar presente se tratara, un corazón forjado que, no creado, un corazón curtido bajo tu manto, vestido de antifaz de terciopelo, acunado por “presentado a Sevilla” y amarrado a un tambor que se pierde dentro de calle sierpes tras un madero ensangrentado. Y todo se habría



cumplido. ¿Qué quieres más madre mía? Sabes que hasta la última de las gotas de mi sangre es tuya.

Por eso hoy, hermanos y hermanas, devotos, devotas, amigos y extraños, nos ha reunido aquí, por eso hoy ha unido aquí tantos corazones bombeando amor a la santísima Virgen, porque si hay algo más hermoso que entregarle a ella cada instante de tu vida... es ver como ella, de manera desinteresada, te lo devuelve todo, porque para ella no quiere nada. Te devuelve cada segundo que le has dedicado para que lo repartas entre tu familia y entre los necesitados, te devuelve cada gota de tu sangre para que la dones en hospitales donde salvarán las vidas de quienes sufren, te devuelve ese corazón que al cielo no quiere que lleves y que hará mejor labor en cualquier trasplantado, nos devuelve un abrazo de comprensión y nos da una palmada en la espalda para que atravesemos esa puerta siendo hijos orgullosos de una Madre que lo quiere todo para sus hijos y que entregó su vida entera para salvarnos a todos, al admitir al verbo en su vientre en el momento de su Encarnación.

¿Y vengo yo a decirte Madre que qué más quieres de mí?... ¿yo...? que he visto tus pisadas en la arena cuando ni andar he podido, mientras tú me has llevado en brazos...

Hoy, madre mía, te traigo una epifanía con 11 días de retraso, no es oro, incienso, ni mirra, ni son tres Reyes venido del lejano Oriente, hoy te traigo a cada uno de los que pueblan esos bancos, hoy te traigo a quienes se han quedado en su casa enfermos y enfermas, hoy te traigo a quienes acaban de llegar a la vida y empiezan a conocerte, te traigo este barrio que somos tus discípulos en la tierra, te traigo entrega entera y devoción a tus designios y a tu palabra, hoy no he estado yo en este atril, han estado todos y cada uno de mis hermanos y hermanas que han querido sentirte un poquito más cerca, aquellos que cada noche te plantan un beso un tu mejilla, cuando desde niños y niñas han besado a su madre cada noche antes de irse a dormir, ese es tu mensaje, el legado en el amor a la vida y en la vida.

*Se termina ya la espera,
me quedan solo estos versos
no para decirte adiós,
para decirte hasta luego,
para verte pronto en casa
mientras te busco en silencio,*



*dónde solos tú y yo
vivimos siempre un encuentro.*

*Se termina ya la espera,
quedaremos tú y el rezo,
esa plegaria que siempre
desde el corazón te entrego.*

*Cuando ahora nos veamos...
no vendrá un barrio entero
no sonaran los tambores,
ni los metales de viento,
sonará un Dios te salve
y un perdón que sabe cierto,
los recuerdos para quienes
ya disfrutaban de tu cielo.*

*Estaremos como siempre,
contemplando el firmamento,
buscando esas estrellas
de promesas y conciertos.*

*¿Qué te digo reina mía,
para este final incierto,
si sabemos que después
en mis pecados te llevo?*

*¿Qué te digo Encarnación
que no te haya dicho el tiempo,
que no dijeran los siglos,
ni quien no tiene consuelo?*

*Te podría decir guapa,
de la mañana lucero,
madre, reina y maestra,
vigía del sentimiento...*

*Pero no sería yo....
que no siempre te hablo en verso,
templo mi cara al llorar
sobre el manto de tu pecho.*



*No puedo decirte adiós,
porque siempre vienes dentro,
porque yo vivo por ti,
eres mi luz en lo incierto.*

*No puedo decirte adiós,
porque tú nunca te marchas,
vienes cantando a mi oído
las más dulces de las nanas...*

*Nadie sabe despedirse
de su madre mariana
a quien da los buenos días
con el Sol de la mañana,
a quien da las buenas noches
cuando el día ya se acaba...*

*Nadie quiere despedirse
de la flor de la Calzada,
la más hermosa azucena
de la flora sevillana,
decir siquiera hasta luego
suena a quimera olvidada
suena a promesa vacía
de dejarla abandonada.*

*No sufras más madre mía
no habrá despedida ingrata,
no habrá soledad tardía
a la reina que me ama.*

*Que Dios te Salve María,
mi boca feliz te clama,
Dios te salve ahora y siempre
mientras el Sol siempre salga,
¡Viva la Madre de Dios,
mi Encarnación Coronada,
hoy te quiero más que nunca
mi Reina de la Calzada!*

HE DICHO.